
UC-NRLF
$B 71 138





DISCURSO

leido por D. Eusebio Font,

EL 19 DE JUNIO DE 1864,

EN LA FUNCION INAUGURAL

DEL

COLEGIO DE ISABEL LA CATÓLICA,

ESTABLECIMIENTO DE EDUCACION PARA SEÑORITAS,

del cual es fundador,

SIENDO LA DIRECTORA SU HIJA

la Señorita D.ª Julia Font y Mayr de Baldegg.



BARCELONA.

IMPRENTA DE LUIS TASSO, ARCO DEL TEATRO,

CALLEJON ENTRE LOS NÚM. 21 Y 23.

1864.

Señores:

El libro y la pluma no se hicieron para la mujer. La mujer no necesita saber leer ni escribir, no necesita discurrir ni pensar. La aguja, la plancha, las labores propias de su sexo, el gobierno y las haciendas de la casa han de ser su único entretenimiento, sus constantes y esclusivas ocupaciones.—Tales eran las blasfemias admitidas, no ha muchos años, por nuestros padres como otros tantos axiomas; tales eran las absurdas máximas que con general y profundo convencimiento se pregonaban y practicaban en nuestra patria. Es decir, la mujer idiota; la mujer criada y vil juguete de los pasatiempos del hombre; la mujer muerta á la vida de la inteligencia, muerta á las purísimas y nobles fruiciones del espíritu, muerta á la contemplacion de lo grande y lo bello; la mujer ignominiosamente relegada al limbo de la ignorancia; la mujer humillada en su condicion de ser racional y perfectible; la mujer, en medio de su abyeccion intelectual, desheredada de la regeneradora y benéfica influencia de la civilizacion moderna; la mujer, sin dignidad y sin independencia, restituida á los groseros tiempos de la antigüedad; en una palabra, la obra misma de Dios escarnecida y falsificada: la mujer, la hembra del hombre, no su compañera.

Pero no era solamente en España donde llevaba la mujer sobre su frente el denigrante estigma de la ignorancia. En igual estado de degradacion mental vivia sumida en el resto de Europa, cuando á fines del siglo décimoséptimo levantóse en Francia una voz compasiva á favor de su educacion. El esclarecido y bondadoso abate Fleury queria que se enseñase á la mujer la lectura, la escritura, las cuentas; que adquiriese prácticamente los conocimientos necesarios para saber guiarse por sí propia, y que poseyese algunos rudimentos de medicina, útiles en determinados casos para la asistencia de los enfermos; y decia: «Pretenden que las mujeres no son aptas ni deben dedicarse á los estudios como si fuera su alma de otra especie que la de los hombres, cual si lo mismo que nosotros no tuviesen una razon que dirigir, una voluntad que gobernar, pasiones que combatir, ó si les fuese á ellas mas hacedero que á nosotros ejercer esos actos sin aprender cosa alguna.»

Á esos nobles deseos, á esas reflexiones tan sensatas como justas asocióse poco despues la voz autorizada y robusta del divino Fenelon. Considerando la educacion de la mujer bajo un punto de vista mucho mas elevado, á la enseñanza, tímidamente propuesta por el abate Fleury, añadió aquel escritor preclaro la historia griega, la romana, la de Francia, las relaciones de paises apartados, escritas con circunspeccion y pulso, hasta aprobaba el estudio del latin, por ser la lengua de la Iglesia y de la oracion, y encomiaba la lectura de obras de elocuencia, de literatura y poesía como propias para elevar el alma y escitar en ella sentimientos nobles y sublimes para la práctica de la virtud.

Aquel generoso llamamiento á la instruccion del sexo débil no halló por desgracia eco en su siglo; pero no podia dejar de producir mas tarde ópimos frutos. El mejoramiento intelectual y moral de esta segunda mitad del linaje humano, objeto predilecto de la ardiente solicitud de moralistas profundos, pregonado y enaltecido en páginas elocuentísimas é inmortales, es hoy dia el voto de todas las naciones cultas, y queda ya escrito en el libro de la civilizacion como un

principio incontrovertible, como una verdad eterna, que la ignorancia de la mujer es un mal funesto, y un bien necesario su educacion.

Y con efecto ¿qué es la mujer? No temais, señores, que abuse de vuestra atencion benévola é indulgente, trazándoos prolija y difusamente la dolorosa historia de esta triste peregrina en la tierra desde la caida de nuestra primera madre hasta la mujer del siglo décimonono. Á esta pregunta ¿qué es la mujer? el hombre del presente siglo responde: la mujer es nuestra madre, es nuestra esposa, es nuestra hija; es decir, un objeto digno de nuestra veneracion, de nuestra gratitud, de nuestro cariño: la mujer, que nace, vive y muere como nosotros, está dotada de una inteligencia susceptible de cultura como la nuestra, de un corazon que ama, siente, goza y padece como el nuestro: la mujer es un ser delicado y frágil, á quien no podemos negar sin ingratitud y sin injusticia nuestro respeto, nuestra proteccion y amparo: la mujer, inscribiendo en el frontispicio de su vida el lema: amor, abnegacion, ternura, nos acompaña, compartiendo nuestros gustos y nuestros sinsabores, desde la cuna hasta el sepulcro: la mujer es nuestro consuelo, nuestro orgullo, nuestra alegría: es el objeto constante de nuestros afanes y de nuestros pensamientos: el poderoso estímulo de nuestra actividad y de nuestro ferviente amor al trabajo; á la madre consagramos nuestra veneracion y nuestro agradecimiento; á la esposa los sudores de nuestro rostro; á la hija nuestros desvelos y nuestras caricias: la mujer, en fin, es el complemento de nuestra existencia, es el lucero de nuestra vida, el sol que fecunda y vivifica todas nuestras acciones.

Pero ¿creeis que á esta pregunta: ¿qué es la mujer? los sentimientos de equidad, de justicia, de humanidad le han inspirado siempre al hombre igual respetuosa contestacion? No por cierto. Un crímen nefando se ha consumado en la tierra. El hombre, ese déspota, que no ese rey de la creacion, ha podido olvidar que su vida es un don confiado por el cielo á las maternales entrañas de la mujer; el hombre ha olvidado que el dia fecundo en que Dios ordenó la propagacion de las especies, la consorte que á Adan le fué ofre-

cida en el paraiso era una igual suya, la mujer: el hombre ha olvidado que esa criatura débil é inocente que en el bautizo universal de la naturaleza recibió el dulcísimo nombre de hija, es la mujer. Hija, esposa, madre, títulos vanos y sin sentido. Una esclava, un juguete agradable, ved aquí por una interminable série de siglos el destino de la mujer sobre la haz del globo. Eterna Eva, perpétuamente arrojada del Eden donde el hombre solo saboreaba los goces de la vida, ha arrastrado su mísera existencia sobre la tierra, abatida por el doble castigo de la maldicion de Dios y del afrentoso desprecio de su tirano, del ingrato y altivo compañero para quien Dios la habia creado.

No mucho mas consolador y halagüeño es el cuadro que la condicion de la mujer ofrece en aquellos ensalzados pueblos de la antigüedad que han merecido á la historia el renombre de civilizados.

La India, en las leyes de Manú, la Grecia, por boca de Aristóteles, destruyen la igualdad física concedida por Diós á entrambos sexos, y despojando á la madre de atributos que otorgan al padre, proclaman la superioridad del hombre sobre su humillada y vilipendiada compañera.

En los primitivos tiempos del cristianismo, la mujer, esta intrépida amazona de la fé, esta heroina del Evangelio que con rostro sereno y varonil aliento conquista en la ensangrentada arena la dolorosa palma del martirio, es objeto del desden y menosprecio de varones eminentes que con su saña y sus insultos tributan un homenaje á las preocupaciones y á los errores de su tiempo.

La edad media, reproduciendo las mismas razones que Aristóteles aduce, suscita con gravedad las ociosas y necias cuestiones sobre la preeminencia del hombre y la inferioridad del sexo débil; pone en duda si la mujer posee un alma, y formula por una de sus plumas mas autorizadas la impía consecuencia de que *el padre debe ser mas amado que la madre*; palabras que hoy dia suenan como un sacrilegio en nuestro corazon.

Finalmente, en el pasado siglo, en ese siglo de la filosofía en que

con arrojo inaudito despliega el pensamiento sus audaces alas; en ese siglo décimo octavo en que, lanzada por la Francia, estalla sobre el mundo la palabra libertad; en que el pasado se desmorona ánte las mas atrevidas reformas; en que se derrumba un trono; en que la sociedad tiembla y bambolea sobre sus cimientos, la mujer sigue siendo objeto del mas desdeñoso silencio, y no se oye una sola voz hidalga y generosa en favor de su regeneracion.

Á nuestro siglo, señores, al siglo décimo nono, tan fecundo en vastos resultados así morales como materiales, estaba reservada la noble tarea de recoger la herencia legada por el abate Fleury y por el arzobispo de Cambrai. Desde un confin al otro del orbe civilizado un voto resuena, digno del fin levantado de la humanidad: Educacion para la mujer: pasto para la inteligencia de nuestras hijas que mas tarde, esposas y madres, han de influir eficaz y poderosamente en el desarrollo moral de la familia, y por lo tanto en el de la sociedad. Cultivad el corazon y la inteligencia de la mujer, que educarla é instruirla, es civilizar al hombre, es reformar y purificar las costumbres, es difundir la cultura y la ilustracion de un pueblo.

Y ese voto, señores, no solamente es un consejo de amor; es tambien un grito de alarma, un grito de salvacion para la sociedad. Nuestro siglo, apellidado de las luces, dictado que sin duda confirmará la historia; este siglo diez y nueve, que podrá presentar relevantes y gloriosos títulos á la gratitud de las venideras generaciones, por una monstruosa discordancia de ilustracion y de perversion de ideas, es al propio tiempo el siglo de la sed frenética de riquezas y de goces materiales, el siglo de la ambicion desapoderada y de la corrupcion y de los crímenes que son su secuela. Nuestro afan inmoderado por adquirir, por gozar ha agostado en los corazones el sentimiento religioso, que no existe; el entusiasmo hácia lo grande y lo bello, que se ha estinguido; la fe en la virtud que no tiene adeptos ni culto. ¿Cual es el remedio, el único remedio á mal tan grave? La educacion de la mujer. La civilizacion vuelve los ojos hácia nues-

tras hijas, y nos las señala, en medio de nuestras pervertidas costumbres, como la sola tabla de salvacion, como el arco iris de la humanidad. «La mision de la madre sobre la tierra, dice Aimé Martin, este elocuente apóstol de la educacion de la mujer, no consiste en procrear un bípedo inteligente: lo que le pide el mundo es un hombre completo, un hombre cuyas pasiones participen de lo bello y lo infinito, que sepa elegir á su compañera, inspirar á sus hijos, y si preciso fuere, morir por la virtud. Existe, pues, para la mujer un doble deber, como existe para el hombre un doble nacimiento. Nacer á la vida, no es otra cosa que nacer á la pena y á la alegría; nacer al amor de Dios y de los hombres, eso verdaderamente es nacer; y nuestra madre tiene obligacion de darnos esta segunda vida.»

Pero para que la mujer acierte á desempeñar en la tierra el ministerio divino de regenerar al mundo, formando hombres, esto es, educando á sus hijos, es preciso elevar su alma, inflamar su pecho en el santo amor de lo bello; y las mujeres de nuestros dias, segun espresion de otro insigne escritor francés, llevan todavía el signo de la esclavitud intelectual de las edades precedentes, y es para ellas un mundo desconocido la instruccion. ¿Quién ilustrará pues su inteligencia, é inspirará en su alma sentimientos elevados?

Aquí, señores, creo que empieza la mision del colegio. El colegio ha de ser la madre que eduque á la generacion actual. El colegio, poniendo en práctica el célebre consejo de Napoleon á madama Campan, *ha de formar madres que sepan educar á sus hijos;* y tal es la mision levantada á que aspira el Colegio de Isabel la Católica. ¿Es fácil y llano empero dar cima á tarea tan árdua? Para desempeñar cumplidamente su sacerdocio ¿hallará el preceptor obstáculos en su largo y penoso camino? Señores, los obstáculos existen; y estos obstáculos, poderosos en todos los paises, son en el nuestro quizá de mayor monta.

Sin embargo, seamos justos: ante todo abramos el pecho al consuelo y á la esperanza. Aquellos tiempos de triste recordacion en

que la mujer no debia saber leer ni escribir no son los nuestros: al benéfico influjo de la ley del progreso, que va trasformando la faz de las naciones, la nuestra se ilustra y regenera: España ha tomado asiento al banquete de la civilizacion. Ved sino el afan con que acuden los padres á confiar la educacion de sus hijas á los colegios que como por encanto va creando nuestra ilustrada Cataluña. Fijad la vista en Barcelona y en sus poblados y risueños alrededores, y no podreis contar los establecimientos de esta clase donde la inteligencia de millares de niñas recibe el nutritivo pasto de la instruccion.

Pero no es menos cierto que hasta hoy dia la educacion de la mujer se miró en nuestra patria con la mas dolorosa indiferencia, y que aun en este momento sus beneficios y sus incalculables y trascendentales consecuencias no son consideradas con la atencion y el privilegiado interés que por su alta importancia merecen: y aquí teneis, señores, la causa de uno de los graves obstáculos que ahora mismo indicaba.

Y en efecto; si el objeto de la educacion es la virtud, y por consiguiente la dicha, ¿á qué grandes y eficaces medios apelamos para alcanzar tan envidiable y precioso resultado? ¿Qué costosos sacrificios nos imponemos para procurar á nuestras hijas la felicidad, fruto inapreciable de una seria y esmerada educacion? Confiarlas tres ó cuatro años á un colegio; contentarnos con una instruccion superficial; y apenas asoma la adolescencia, es decir la edad en que comenzamos á aprender y á estudiar con aprovechamiento, llamarlas al hogar paterno para abrirles las puertas del mundo, y principiar la educacion de las falsas ideas, de los pasatiempos vulgares y de la vanidad, hé aquí lo que entendemos por educar á nuestras hijas, ó lo que es lo mismo, por ejercer el acto mas importante de la vida del hombre civilizado. «Así cuando llegan las pasiones, como dice el ya citado Aimé Martin, esas pasiones á las cuales apenas basta el oponer los principios de la religion, las fuerzas del alma y la práctica de la virtud, encuentran unas manos diestras en el piano, una

memoria que recita y un alma que duerme.» Y un corazon sobradamente despierto, señores, un corazon que dejó de dormir.

Pero si no alcanzan cuatro ni cinco años para doctrinar sólidamente á la niña, á la niña cuya natural inaplicacion é instintiva indolencia tan fervoroso celo, tan perseverantes y solícitos desvelos por parte del preceptor requiere, ¿será suficiente ese corto espacio de tiempo para formar su corazon, para afianzar y robustecer en él aquellos preceptos religiosos y morales, aquellas máximas elevadas y sublimes, base firmísima de una verdadera educacion y que, cual fugaz metéoro, desaparecerán brevemente de su alma en medio de la liviana y fútil sociedad que ha de ser su modelo?

¿Queremos que nuestras hijas sean bien educadas? Pues modifiquemos nuestras ideas sobre la educacion. Y no creais que debamos aventurarnos á arriesgadas y peligrosas innovaciones, no: se trata solamente de imitar. ¿Qué nos enseñan Francia, Inglaterra, Suiza, Alemania? En estas ilustradas naciones las niñas se despiden del colegio cuando han terminado sus estudios, cuando saben algo, cuando la enseñanza, en su entendimiento maduro, da sazonados frutos; esto es, cumplidos los diez y siete ó los diez y ocho años. Y si en el Norte consagra la niña tantos años al cabal desenvolvimiento de su inteligencia, en el Norte donde ni la imaginacion es tan viva, ni la sensibilidad tan exaltada, ni tan precoces ni tan fogosas las pasiones cual en el Mediodía, ¿no es el colmo de la insensatez y de la imprudencia mutilar la educacion de nuestras hijas, y dejar sin direccion y sin freno esas pasiones impetuosas, esa sensibilidad exajerada, esa imaginacion ardiente, orígen de tantos estravíos, de tantas lágrimas y de tan grandes é irreparables desdichas?

Muchos padres, entre nosotros, dando pruebas de la imprevision mas lamentable, dicen: «Las niñas desde la edad de nueve á trece años en el colegio: á los trece años al lado de sus padres.» Sin duda, señores, el primer colegio de Europa no vale el tierno cariño de un padre y de una madre. Mas ¿encuentra la niña en su casa lo que ha dejado en el colegio? ¿Es cierto que la hija vive al lado de sus

padres? La niña vive en la calle, vive en el paseo, vive en las diversiones, vive en las visitas, vive con sus amigas, vive en todas partes menos en su casa. Pero ¿por ventura no la ampara y la defiende la compañía de su madre? ¡Ineficaz defensa! La vigilancia, el próvido cariño, las virtudes de la madre no alcanzan á disipar la contaminada atmósfera de vanidad, de coquetería, de necia frivolidad, de ideas triviales, de errores, de malos ejemplos que circunda y arrolla á su hija, y la penetra, y la tuerce, y la malea á pesar suyo. «Los niños son una especie de espejos que reflejan todo lo que ven:» segun feliz espresion de nuestro eminente escritor José Selgas. Padres, el espejo es fiel, y refleja así los objetos agradables á la vista como los objetos deformes.—¡Madre angustiada, que ves á tu idolatrada hija, taciturna, decaida, macilenta, marchitas las rosas de su agraciado semblante, estinguido el fuego de su dulce y espresiva mirada, sin vigor ni aliento para levantar su juvenil cabeza, abrumada por el peso de un amor secreto ó contrariado! ¿qué educacion has dado á tu hija? La educacion de la calle y de las diversiones.—¡Madre inconsolable, que amorosamente abres los brazos á una hija rebelde é ingrata que, arrebatada á tus caricias y á tu compañía por un esposo indigno de su eleccion, rasgada al fin la venda de sus ilusiones, y despues de haber expiado dolorosamente su insensato capricho, regresa compungida al hogar paterno á verter en tu seno las acerbas lágrimas del desengaño y del arrepentimiento! ¿qué educacion ha recibido tu hija? La educacion de la frivolidad y de los vulgares pasatiempos mundanales. Lord Byron ha dicho: «Quien siembra vientos recoge tempestades.» Señores, quien siembra mala educacion recoge lágrimas y desventuras. El corazon de nuestras hijas, desprendido de cuanto debiera constituir su único embeleso, se lanza y vive fuera de su natural domicilio, que es el santuario de la familia. Y ¿por ventura no somos nosotros mismos su guia en su funesto derrotero? ¿No somos nosotros quienes desatinadamente les damos el pernicioso y culpable ejemplo del amor á la ostentacion y al lujo, del afan por lucir, del desvío á los goces dulcísimos y pu-

ros de la vida doméstica? El bullicio del mundo, el eco tentador de las diversiones, la triste y deplorable necesidad de llenar nuestros corazones vacíos ¿no nos llaman incesantemente á la calle, cual si nos faltase aire y luz en nuestras abandonadas habitaciones?

Lo que nos falta, señores, son los recursos de una sólida instruccion; lo que nos falta es el dulce é inalterable sosiego del alma; lo que nos falta es un corazon cerrado á la febril ambicion y á la sed devoradora de placeres, un corazon indiferente á las vanas galas y pompas del lujo. Así no hay sencillez de costumbres; así, en medio de los esplendores de nuestra civilizacion, reina una agitacion y un malestar indefinibles, porque no se conocen los íntimos é inefables goces de la vida de familia, fuente de tranquilas virtudes y de la única y verdadera felicidad sobre la tierra.

Pero al reclamar para nuestras hijas una esmerada y sustancial educacion, al lamentar las funestísimas consecuencias de su ignorancia, ¿exagero tal vez las tintas del cuadro que estoy bosquejando? ¿Son quizá harto subidos los colores de mi paleta, y manejado el pincel por una mano inhábil, os presento en vez de retrato una informe pintura de capricho? Oigamos por un momento al egregio escritor francés Legouvé, á ese otro campeon de la santa causa de la regeneracion de la mujer y de su educacion. «Pues bien, dice, en nombre de la familia, en nombre de su salvacion, en el de la maternidad, del matrimonio, del gobierno doméstico, preciso es reclamar para las niñas una educacion formal y completa. Definamos, pues, de una vez esos títulos venerandos, convertidos tantas veces en instrumentos de sujecion, los títulos de esposa y madre. Nadie seguramente admira y acata mas que yo esas funciones caseras, triviales en apariencia, sublimes en realidad, pues se resumen en estas palabras: Desvelarse por los demás. Pero ¿van comprendidas en esas funciones todos los deberes de la mujer? Ser esposa y madre ¿consiste tan solo en disponer una comida, en gobernar criados, en velar por el bienestar material y la salud de todos? ¡Qué digo! ¿Se reduce únicamente á orar, á amar y consolar? No: es todo eso, y mas toda-

vía: es guiar y educar; por lo tanto es saber. Sin instruccion la madre no es completamente madre; sin instruccion la esposa no es verdaderamente esposa. Al descubrir las leyes de la naturaleza á la inteligencia de la mujer, no pretendemos que nuestras hijas sean astrónomos ni físicos. Se trata de dar vigoroso desarrollo á su entendimiento con el cultivo de la ciencia, y de prepararlas á entender y entrar en participacion de las ideas de sus maridos y de los estudios de sus hijos. Enuméranse los inconvenientes de la instruccion, y se echan en olvido los peligros mortales de la ignorancia. La instruccion es un vínculo entre los esposos, la ignorancia una valla. Aquella es un consuelo, esta un suplicio. La ignorancia acarrea á la esposa defectos y estravíos sin cuento. ¿Por qué tal mujer se halla devorada por el tedio? porque no sabe nada. ¿Por qué tal otra es coqueta, caprichosa, vana? porque no sabe nada. ¿Por qué aquella gasta en la compra de una presea lo que su marido ha ganado en un mes con su trabajo? porque no sabe nada. ¿Por qué otra le arruina con las deudas que le oculta? ¿Por qué por la noche, sin miramiento á su fatiga ó á sus dolencias, le lleva mal su grado á fiestas y diversiones que le molestan y fastidian? porque no sabe nada; porque no le han inculcado ninguna idea provechosa y grave que pueda ofrecerle sabroso alimento; porque, cerrado para ella el campo de la inteligencia, no le queda otro recurso que el mundo de la vanidad y del desórden. Maridos hay que hacen escarnio de la ciencia, y la ciencia hubiera sido la salvaguardia de su honor.»

Probada la importancia de la educacion de la mujer, no se me oculta que la conveniencia, ó mejor diré, la necesidad de no interrumpir los estudios de la niña en el colegio hasta la edad de diez y seis ó mas años, encuentra entre nosotros numerosos y decididos impugnadores. «La ausencia prolongada, dicen, entibia el cariño de la hija á sus padres. Es peligroso en un colegio la reunion de educandas á cierta edad. La niña, reclusa por largos años en una casa aislada, estraña al mundo, sin trato, sin maneras sueltas y desembarazadas, se presenta tímida, encogida, con un aspecto de infantil

inocencia, ridículo á los ojos de la buena sociedad. La mujer no necesita saber á fondo lo que aprende, y una instruccion variada y sólida exige desembolsos y sacrificios que un padre no debe imponerse sino en obsequio de un hijo varon.» Señores, la ignorancia, las ideas sin exámen adoptadas, el ciego y deplorable espíritu de rutina, consideraciones mezquinas de vituperable economía, un cariño mal entendido á los hijos difunden y mantienen en pié estas y otras análogas objeciones, objeciones especiosas y de valor tan escaso que no soportarian la luz de la discusion. Vuestro buen sentido las refuta victoriosamente, y yo me abstengo de combatirlas por no molestar por mas largo tiempo la cortés atencion de ese distinguido é indulgente auditorio.

Señores, el Colegio de Isabel la Católica, que, apenas abierto, ha inspirado á los padres la mas lisonjera confianza, á cuya confianza, que tanto le honra y le enaltece, se complace en dar un público testimonio de su profundo agradecimiento, declara en su prospecto que la educacion en este Establecimiento ha de ser una verdad. Semejante promesa, dictada por el deber, por la buena fe, por el firme y leal propósito de corresponder á la confianza de los padres, es por sí sola un programa. ¿Lo cumplirá? Si el colegio falta á su palabra por incapacidad ó por infraccion á las severas reglas que él mismo se impone, caiga sobre su reputacion usurpada la censura que la presuncion necia y la mala fé merecen: si á pesar suyo se oponen al cumplimiento de su promesa obstáculos esteriores, y si desestimándose sus buenos deseos y sus rectas aspiraciones fuere su nombre el blanco de las quejas y hartas veces inmerecidas acusaciones que á otros colegios alcanzan, se resignará á la injusticia en el fondo de su tranquila conciencia, alentado y confortado por la idea consoladora de que ha cumplido lealmente con su deber, y de que sus luchas y sus esfuerzos eran acreedores á mas halagüeña y mas digna recompensa.

El Colegio de Isabel la Católica lo declara en voz alta: para que la educacion sea en él una verdad, no se apresurará á enseñar su-

perficial y atropelladamente en cuatro meses lo que, sólidamente aprendido, reclama seis. ¿Qué concepto nos mereceria la probidad ó la pericia del arquitecto que alzase en dos años un edificio para cuya firme y maciza construccion las reglas del arte señalan cuatro? El fraude ó la ineptitud del artista ¿no serian objeto de los mas justos y severos cargos el dia en que, desplomado por su falta de solidez el edificio, quedase convertido en un monton de escombros? ¡Padres! la educacion de vuestras hijas ha de ser el frágil edificio que bambolea y se derrumba sobre sus débiles cimientos, ó la fábrica robusta y firme que se mantiene en pié, desafiando la accion destructora de los años? ¿Quereis para vuestras hijas una instruccion superficial? ¿Os es indiferente su educacion moral y su dicha futura? Pero si tales son vuestras miras, ningun colegio verdaderamente digno de este nombre les dará jamás su asenso. Para el preceptor celoso y probo el fin de la enseñanza no puede ser un vano y efímero brillo sin otro objeto que halagar la vanidad de las educandas y conquistar vuestros aplausos. El preceptor no debe ceder á exigencias incompatibles con el desempeño de su elevada y trascendental mision. En balde intentará la ignorancia triunfar de sus convicciones: en balde sonarán en sus oidos insinuaciones frívolas, consejos corruptores: rígido é intransigente en el cumplimiento de su deber, no escuchará otra voz que la de su conciencia recta; no obedecerá á otro móvil que al deseo de ser útil á la sociedad; no seguirá, sin desviarse un punto, otra senda que la que trazan á las almas honradas la probidad y el honor.




Syracuse, N. Y.
Stockton, Calif.
Google